

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Mensaje

LXXXII JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES 2008

Siervos y apóstoles de Cristo Jesús

19 de octubre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con ocasión de la Jornada Mundial de las Misiones, quiero invitaros a reflexionar sobre la urgencia permanente de anunciar el Evangelio también en nuestro tiempo. El mandato misionero sigue siendo una prioridad absoluta para todos los bautizados, llamados a ser «*siervos y apóstoles de Cristo Jesús*» al comienzo de este milenio. Mi venerado predecesor, el siervo de Dios Pablo VI, afirmó en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi* que «*evangelizar constituye la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda*» (n. 14).

Como modelo de este compromiso apostólico, deseo señalar de manera particular a san Pablo, el Apóstol de los gentiles, pues este año celebramos un jubileo especial dedicado a él. Es el Año paulino, que nos ofrece la oportunidad de familiarizarnos con este insigne Apóstol, que recibió la vocación de proclamar el Evangelio a los gentiles, según lo que el Señor le había anunciado: «*Ve, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles*» (Hch 22,21). ¿Cómo no aprovechar la oportunidad que ofrece este jubileo especial a las Iglesias locales, a las comunidades cristianas y a cada uno de los fieles para propagar hasta los confines del mundo el anuncio del Evangelio, «*fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree*» (Rm 1,16)?

Carta Encíclica *Spe salvi*, su Evangelio es una comunicación que «cambia la vida», da la esperanza, abre de par en par la oscura puerta del tiempo e ilumina el futuro de la humanidad y del universo (cf. n. 2).

San Pablo había comprendido muy bien que sólo en Cristo la humanidad puede encontrar redención y esperanza. Por ello, sentía que era urgente y apremiante la misión de «anunciar la promesa de la vida en Cristo Jesús» (2Tm 1,1), «nuestra esperanza» (1Tm 1,1), para que todos los pueblos pudieran ser coherederos y copartícipes de la promesa hecha por medio del Evangelio (cf. Ef 3,6). Era consciente de que la humanidad, privada de Cristo, está «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12); «sin esperanza, por estar sin Dios» (cf. *Spe salvi*, 3). Efectivamente, «quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. Ef 2,12)» (ibid., 27).

2. La misión es cuestión de amor

Es, pues, un deber urgente para todos anunciar a Cristo y su mensaje salvífico. «*iAy de mí —afirmaba san Pablo— si no predicara el Evangelio!*» (1Co 9,16). En el camino de Damasco había experimentado y comprendido que la redención y la misión son obra de Dios y su amor. El amor a Cristo lo impulsó a recorrer los caminos del Imperio Romano como heraldo, apóstol, pregonero y maestro del Evangelio, del que se proclamaba «embajador entre cadenas» (Ef 6,20). La caridad divina lo llevó a hacerse «*todo a todos para salvar a toda costa a algunos*» (1Co 9,22).

Contemplando la experiencia de san Pablo, comprendemos que la actividad misionera es una respuesta al amor con el que Dios nos ama. Su amor nos redime y nos impulsa a la *missio ad gentes*; es la energía espiritual capaz de hacer crecer la armonía, la justicia y la comunión entre las personas, razas y pueblos, algo a lo que todos aspiran (cf. *Deus caritas est*, 12). Por tanto, Dios, que es Amor, es quien conduce a la Iglesia hacia las fronteras de la humanidad, y llama a los evangelizadores a beber «de la primera y originaria fuente que es Jesucristo, de cuyo corazón traspasado brota el amor de Dios» (*Deus caritas est*, 13).

Pablo nos recuerda que predicar el Evangelio no es motivo de gloria (cf. 1Co 9,16), sino deber y gozo. Queridos hermanos obispos, siguiendo el ejemplo de san Pablo, cada uno ha de sentirse «prisionero de Cristo para los gentiles» (Ef 3,1), sabiendo que en las dificultades y pruebas podrá contar con la fuerza que nos viene de Él. El obispo es consagrado no sólo para su diócesis, sino para la salvación de todo el mundo (cf. *Redemptoris missio*, 63). Como el apóstol Pablo, está llamado a preocuparse de quienes están lejos y todavía no conocen a Cristo o no han experimentado su amor liberador; debe hacer que toda la comunidad diocesana sea misionera, contribuyendo de buen grado, según las posibilidades, a enviar presbíteros y laicos a otras iglesias para el servicio de la evangelización. La *missio ad gentes* se convierte así en el principio unificador y convergente de toda su actividad pastoral y caritativa.

Vosotros, queridos presbíteros, los primeros colaboradores de los obispos, sed pastores generosos y evangelizadores entusiastas. En las últimas décadas, no pocos de vosotros os habéis desplazado a territorios de misión como respuesta a la Encíclica *Fidei donum*, cuyo 50º Aniversario hemos conmemorado recientemente, y con la cual mi venerado predecesor el siervo de Dios Pío XII impulsó la cooperación entre las Iglesias. Confío en que no disminuya esta tensión misionera en las Iglesias locales, a pesar de la escasez de clero que aflige a no pocas de ellas.

Y vosotros, queridos religiosos y religiosas, con vocaciones caracterizadas por una fuerte connotación misionera, llevad el anuncio del Evangelio a todos, especialmente a los que están lejos, por medio de un testimonio coherente de Cristo y un seguimiento radical de su Evangelio.

Todos vosotros, queridos fieles laicos, que trabajáis en los diferentes ámbitos de la sociedad, estais llamados a participar, de una manera cada vez más importante, en la difusión del Evangelio. Así, se abre ante vosotros un areópago complejo y multiforme a evangelizar: el mundo. Dad testimonio con vuestra vida de que los cristianos «pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación» (*Spe salvi*, 4).

Conclusión